



Conocé al niño Simón

Onelia D. Pérez V.

Texto e ilustraciones

Ganador

EN EL CONCURSO
DE LITERATURA INFANTIL
BOLÍVAR
CONTADO
PARA NIÑOS



Primera edición:

© Centro de Estudios Simón Bolívar, 2023

Dirección editorial

MaR

Coordinación editorial

Mariangélica Delgado Vilera

Asesor editoial

Carlos Ortiz Bruzual

Corrección

Yessica La Cruz

Diagramación y diseño de portada

Mónica Piscitelli

Ilustraciones

Onelia Daurelys Pérez Vera

ISBN: 978-980-7975-33-9

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2023001532

Caracas, Venezuela, 2023

- COLECCIÓN INFANTIL -

Conocé al niño Simón

Onelia D. Pérez V.

Texto e ilustraciones

**GANADOR DEL CONCURSO
BOLÍVAR CONTADO PARA NIÑOS**

Presentación

¿Cómo era Bolívar de muchachito?, ¿corría?, ¿saltaba?, ¿se bañaba en un río?, ¿hacía travesuras?, ¿comía arepas?, ¿se parecía a mí?, ¿y si viajamos al pasado para conocer cómo era de pequeño el Libertador? Esa precisamente es la promesa de aventura que nos propone el libro que usted, querido lector, tiene en sus manos: un viaje al pasado para imaginar que Simoncito se bañaba en el río, que jugaba metras, que trepaba árboles y que era tan inteligente y vivaz como son todos los niños de Venezuela.

Además de hablar sobre la biografía del Libertador de una manera lúdica y emocionante, *Conocí al niño Simón* plantea un interesante juego de espejos para los más pequeños: “Yo puedo ser amigo de Simón Bolívar y lo comprendo porque somos muy parecidos”. Nadie puede no amar aquello que conoce y nadie puede ignorar aquello con lo cual se siente identificado.

Y no es entonces por casualidad que *Conocí al niño Simón*, escrita por Onelia D. Pérez Vera, del estado Carabobo, fue premiada de manera unánime entre 12 cuentos procedentes de 8 estados del país en la primera edición del Concurso “Bolívar contado para niños” del Centro de Estudios Simón Bolívar, ya que coincide con el interés de nuestra institución en motivar la curiosidad de las nuevas generaciones por conocer y enorgullecerse de la obra del gran hombre de América.

Además de narrar la primera etapa de la vida de nuestro Libertador, *Conocí al niño Simón* hace cautivadoras referencias sobre la escuela, el aprendizaje de la historia, la posibilidad de juegos al aire libre lejos de los aparatos electrónicos, libros, lectura e imaginación.

Y una pequeña historia dentro de la narrativa de este hermoso libro: trata de una madre interesada en que su hijo aprenda sobre quién fue el general Bolívar; y continuando con el paralelismo, la autora de esta obra resalta la contribución de su pequeño hijo en la construcción de este relato.

Dejemos entonces que la imaginación desbordada de un niño nos lleve en un viaje al pasado, para que nosotros también podamos afirmar: “Conocí al niño Simón”.

*A Emmanuel David, mi hijo mayor, mi primer lector,
mi amigo, mi gran imaginador.*

Hoy en la escuela la maestra nos habló de Simón Bolívar, el Libertador, dijo que su vida y obra es muy amplia y sus escritos también, así que tendríamos suficientes aspectos que leer durante todo el año escolar.

—¡Hola, hijo!, ¿qué tal la escuela el día de hoy? —preguntó mamá al verme llegar.

—¡Hola, mamá!, nada emocionante, un montón de historia acerca de un señor al que llaman Libertador —respondí rápidamente y me dirigí a la computadora.

—¡Un momento, jovencito! A la ducha y luego a almorzar, nada de computadora ni videojuegos, revisaré tus cuadernos y luego a hacer la tarea —dijo mamá sin dejarme siquiera encender la computadora.

Recogí el bolso, ya en mi cuarto saqué todo sobre mi cama, me quité el uniforme y me fui a tomar una ducha, no dejaba de preguntarme cosas acerca de este señor de apellido Bolívar.

—¡Oye, mamá!, ¿después de almorzar puedo jugar en la computadora un rato antes de hacer la tarea? —pregunté en voz baja mientras ella revisaba mis cuadernos.

—¡Así que la tarea es acerca de Simón Bolívar! Bien, nada de videojuegos. Bolívar no vio televisión, ni usó computadoras, teléfonos ni ningún dispositivo electrónico y liberó cinco naciones —respondió sin titubear.

—¿Qué?, ¿es en serio?, ¿cómo vivió entonces? —pregunté sorprendido.

—Qué buena pregunta, me alegra que te inquiete tu tarea de hoy —respondió entre carcajadas.



—¿La tarea? —dije con desgano.

—Sí, debemos estudiar la vida de Simón Bolívar, empezaremos por su infancia —contestó colocando sobre la mesa dos grandes enciclopedias de historia.

—¿Puedo encender la televisión mientras almuerzo? —pregunté encogiéndome de hombros.

—No, se acaba de ir la luz —respondió mamá entre risas.

—¿Y si uso tu teléfono celular? —insistí.

—Tampoco, tiene poca batería, se descargará, no sabemos cuándo regresará la electricidad —respondió sin dar lugar a alguna otra pregunta.

Tomé uno de los grandes volúmenes de la enciclopedia y lo acerqué, inicié mi lectura de la biografía de Simón Bolívar. Nació en Caracas, su padre murió cuando solo tenía tres años, tuvo dos negras esclavas a su cuidado, teniendo nueve años su madre también murió y luego viviría con su abuelo y con su tío Carlos.

Viajó a Europa, conoció muchos países. Se casó. Gestó la libertad gracias a la influencia de su maestro Simón Rodríguez y la figura de Francisco de Miranda.

No estoy muy seguro de haber terminado el almuerzo o de haberme quedado dormido, en realidad no tengo idea de lo que sucedió, solo recuerdo que mientras leía su biografía, de pronto...

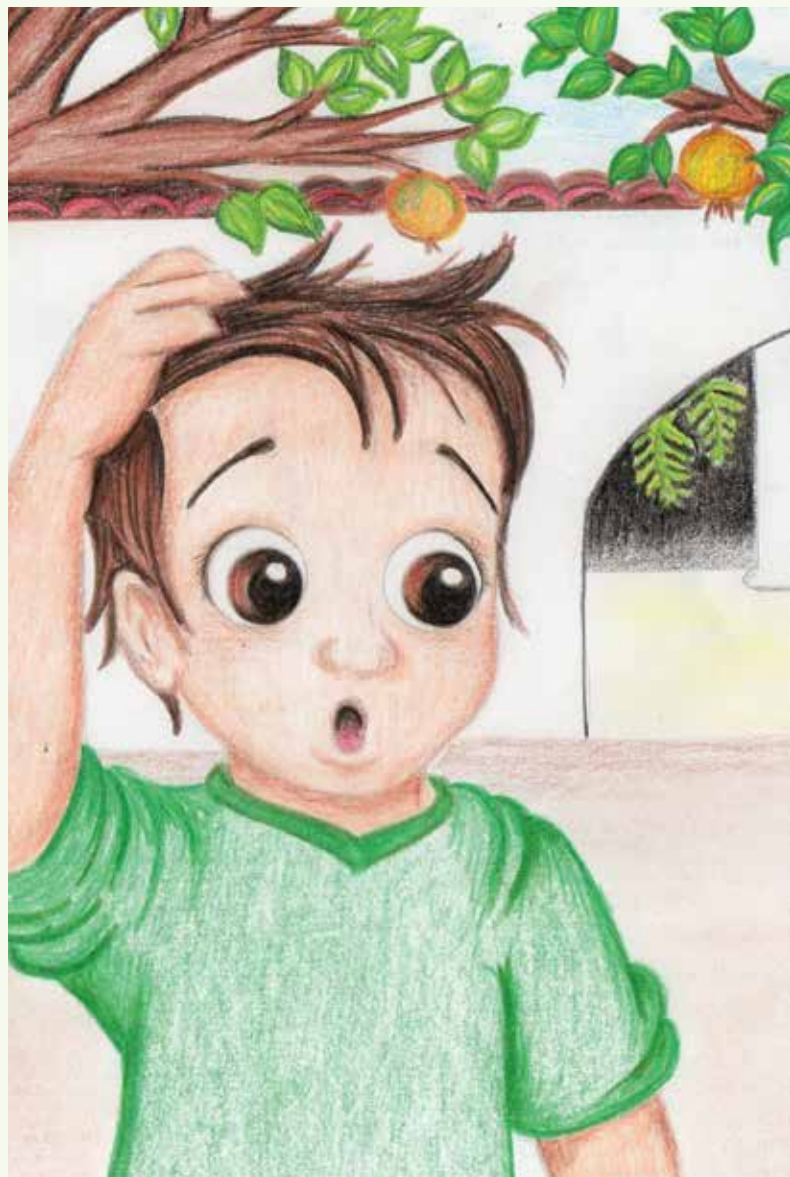
—¿Te gustan las granadas? —me preguntó un niño.

—¿Qué cosa? —respondí confundido.

—Que si te gustan las granadas, ¡siempre hay granadas en este patio, no importa cuánto tiempo pase, siempre están en flor! ¡De prisa, corre, ahí viene Matea! —dijo tomándome de la mano.

—¿Quién?, ¿has dicho Matea?, ¿sabes dónde estamos? —le pregunté sorprendido.

—Estamos en mi casa, en la Quinta Bolívar. ¡Sssshhh!, ¡ahí viene Matea, que no nos encuentre! ¡Vamos! —susurró y corrió por el corredor.





—¡No puede ser! —pensé llevándome ambas manos a la cabeza—. ¿Estaré soñando?, ¿me habré caído de la silla mientras almorzaba? ¡No! ¡Recuerdo que abrí el libro! ¿Estaré atrapado en él? —mil preguntas me invadían y mi desesperación aumentó cuando le escuché decir.

—¡Soy Simón!, ¿jugamos? —me preguntó con entusiasmo un niño de tez blanca, grandes ojos negros y cabello oscuro.

—¿Jugar?, pues antes de llegar aquí quería encender la computadora —respondí entre dientes.

—¿Encender qué cosa? —exclamó muy extrañado.

—¿Qué quieres jugar tú? —respondí tratando de disimular mi asombro.

—Pues, podemos volar papagayos, bailar trompos, golpear canicas o empujar esos enormes barriles que tiene Hipólita en la cocina —dijo entre carcajadas—. Por cierto, no te había visto aquí, ¿quién eres? —preguntó muy amablemente.

—Soy... soy... soy José... José Palomo. Es la primera vez que vengo a tu casa —le contesté mirando a todas partes.

—Bien, ven conmigo —sonrió y corrió hacia el patio de aquella enorme casa.

—Oye, Simón, ¿dónde están tus padres? —pregunté en voz baja.

—¡Ah!, papá murió cuando apenas tenía tres años —dijo cabizbajo y retomando el entusiasmo agregó—: Mamá está con mis hermanas en la catedral. ¡Vamos, montemos un caballo!

—¿Caballo?, jamás he montado uno —grité mientras tomaba las riendas de un potrillo.

—No hablas en serio, ¿qué edad tienes? —exclamó con un tono burlesco.

—Solo sé utilizar videojuegos y la computadora —respondí retrocediendo ante el animalito brioso.

—Dices cosas que no logro entender, ¿qué es un videojuego? Y... la otra cosa, ¿qué fue lo que dijiste? —preguntó tratando de montar el animal.

—¿Computadora?

—¡Ajá, eso!, ¿acaso es una nueva peonza o perinola?

—No, es un aparato electrónico. Ya sabes, funciona con electricidad, como las bombillas, el televisor, la nevera —dije entre risas.

—¿Elec...?, ¿qué cosa?, ¿tienes todos esos juguetes? —preguntó arrugando la frente—. ¡Oh, no!, ¡ahí viene Matea!, ¡corre! —gritó.

—¡Espera!, ¿por qué nos escondemos de Matea? —pregunté tratando de entender la razón de nuestro escape.

—¡Es divertido!, también espera que tome un baño y quiero seguir jugando —dijo muy decidido.

—¡Escucha, Simón! No creerás lo que voy a decir, pero vengo del futuro. Vivo en el año 2022 en Venezuela —expliqué pausadamente.

Me miró fijamente, guardó silencio por unos instantes y soltó una estruendosa carcajada.

—¿Estás loco?, ¿futuro?, ¿2022?, ¿qué es Venezuela?, ¿sabías que estamos en 1792?, ¿lo sabías? —preguntaba incansablemente y siempre entre risas.

—Escucha, no sé cómo llegué aquí, tampoco sé cómo volver a casa, pero tengo muchas cosas que contarte y preguntarte —me apresuré a decir.

—De acuerdo, vamos por un poco de agua fría y después me cuentas —dijo alzando el brazo hasta su frente secándose el sudor.

—¿Agua fría?, ¿dijiste que no había nevera? —pregunté extrañado.

—No sé qué es una nevera, pero tengo sed —respondió acelerando el paso.



Tomó una totuma de la cocina, la metió en el tinajero y extendió ambas manos hacia mí ofreciéndomela. Jamás había probado agua más fresca que esa. Mientras bebía aquella cristalina agua pensé: “Esto es simplemente increíble”.

—Dijiste que tienes que irte, ¿te parece si juegas conmigo antes de partir? —preguntó con contagioso entusiasmo.

—De acuerdo, juguemos —accedí a su petición con un nudo en la garganta queriendo decirle y preguntarle tantas cosas.

—Si no sabes montar a caballo, ¿cómo volverás a tu casa? —dijo entre risas, como siempre.

Esa mañana fue maravillosa, Simón jamás se cansaba, no terminábamos un juego cuando empezaba otro. Corrimos por las calles empedradas de Caracas. Escuchamos a los músicos tocar en la plaza y nos escondimos entre sus árboles. Me pareció estar viviendo en una película. Carruajes tirados por caballos. Señores de traje y mujeres con largos vestidos, sombreros y abanicos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Simón con su contagioso entusiasmo.

—En realidad, mucha, tengo mucha hambre —contesté rascándome la cabeza y se rio de mí.

—¡Vamos! ¡Hipólita es la mejor cocinera del mundo! —dijo orgulloso.

—¡Ajá, mi niño Simón! Anda toitico sudao ‘e tanta carrera —dijo Hipólita abrazándolo—. Se me sienta ahí mismito, pa’ que coma algoito —indicó mientras ponía un plato de asado negro con arroz blanco sobre la mesa—. ¿Y usted, miijo?, ¿va a comé algoito? —me preguntó.

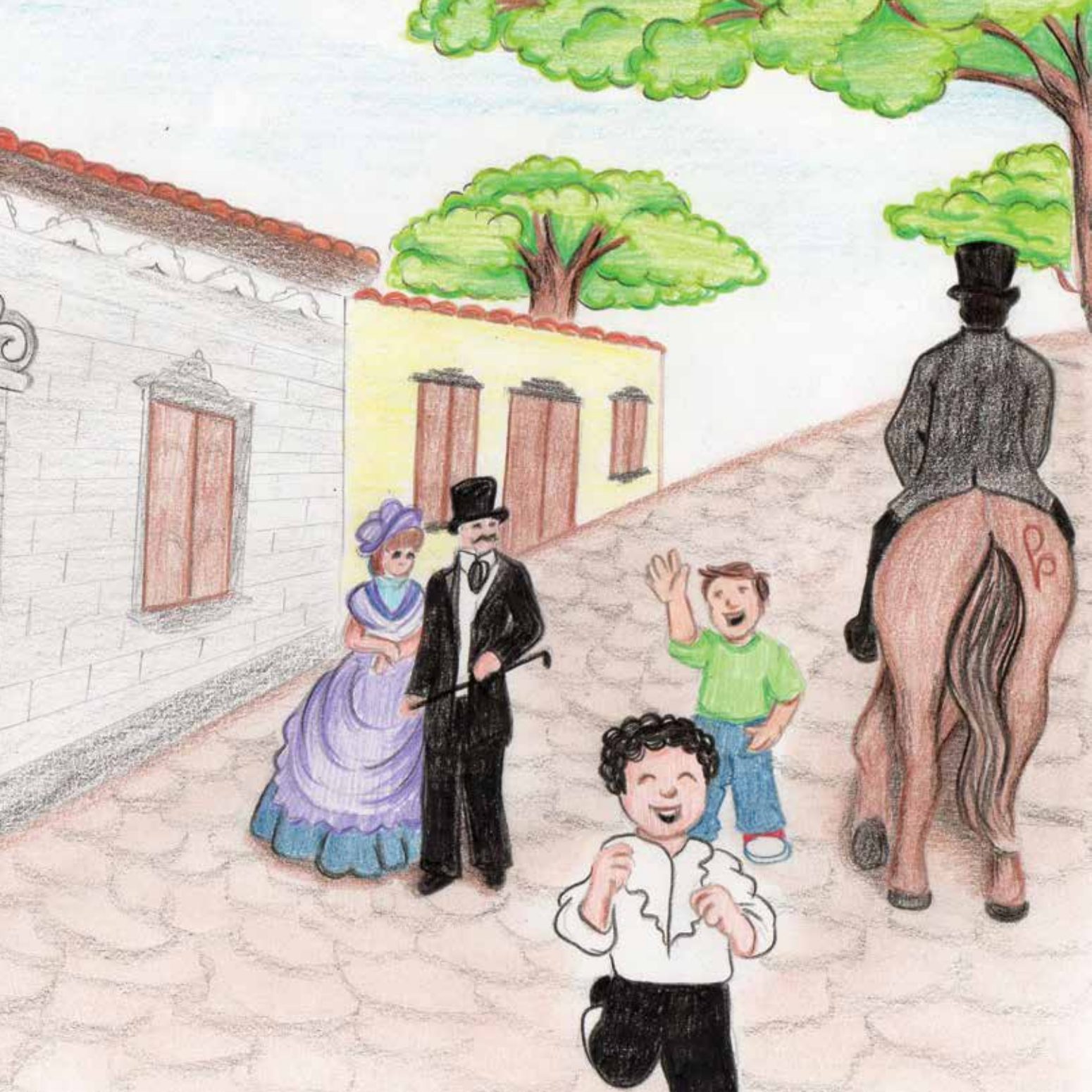
—Claro, negrita, sírvale bastante —contestó Simón por mí.

—¡Ohhh, por Dios! Esto se comerá en casa cada Navidad. Asado negro, ¡qué delicia!, ¡me encanta! —dijo saboreándose.

—Qué ocurrencias dices, miijo —se carcajeó Hipólita.

Después de almorzar pasamos la tarde jugando, bailamos trompos de madera, empujamos enormes barriles en una carrera, Matea jugó a la perinola con nosotros. Tumbamos unas cuantas granadas y las comimos en el patio. Junto a Juan, su hermano, montamos caballos de madera y hasta un par de potros de verdad. Reímos a montones con María y Juana, sus hermanas, quienes enrollaban sus dedos en las cuerdas de los gurrufíos.





Al caer la noche, Hipólita encendió las velas de todos los candelabros, hacía frío y un par de humeantes tazones de chocolate nos esperaban en el comedor junto a un trozo de pan y queso. Jamás olvidaré esos sabores. Ni la voz de Hipólita tarareando canciones mientras nos veía jugar a hacer sombras con nuestras manos en los muros del guardapatio.

Mientras tomaba un sorbo de chocolate caliente, sentí algo en mi bolsillo, deslicé mis dedos dentro, allí estaba, una moneda, con su nombre y su rostro. La sostuve en mi mano y dudé por instante. ¿Se la muestro? Como siempre, se acercó a mí con un entusiasmo imparable.

—¿Qué tienes allí? —preguntó dándome un susto y dejé caer la moneda.

—¿Qué es esto?, ¿es mi nombre?, ¿soy yo?, ¿por qué mi nombre está en una moneda?, ¿en serio vienes del futuro? —sus ojos se iluminaron y sus preguntas eran cada vez más y más, sin darme tiempo para responderlas.

—Sí, realmente eres tú. Es tu nombre, quisiera contestar todas tus preguntas ahora, sin embargo, no sé si será correcto —respondí muy nervioso.

Esta vez bebí un sorbo de agua mientras pensaba en qué respuestas darle al niño Simón. No terminamos de comer cuando María y Juana salieron de la habitación principal en busca de Hipólita, todas corrieron de vuelta a la habitación, un carruaje tirado por caballos trajo al doctor de la familia, el ambiente era tenso y fue entonces...

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo en voz baja y asenté con la cabeza—. Dime, José Palomo, ¿en verdad vienes del futuro?, ¿puedes decirme si mamá se repondrá de esta enfermedad? —preguntó con la mirada perdida.



No hubo tiempo para respuestas, Matea se acercó con lágrimas en los ojos y lo tomó de la mano, el silencio recorrió cada pasillo de la quinta y pronto desapareció con el llanto de todos, doña Concepción murió, pronto la casa se llenó de personas vestidas de traje negro, las mujeres llevaban velos. Rezaban el rosario una y otra vez.

¿Qué podía decirle? ¿Cómo podía consolarlo? Era un niño de nueve años perdiendo a su mamá. Matea lo abrazaba y repetía una y otra vez: “¡Ay, mi niño Simón!”. Me quedé junto a él toda la noche, en silencio, solo haciéndole compañía. Aquellos ojitos vivos permanecían empañados por las lágrimas.

La mañana siguiente, se levantó, se sentó en la silla y apoyó sus codos sobre la mesa, cubriendo su rostro con ambas manos. Alzó la cabeza con los ojos cerrados y suspiró. Le acerqué un papel, pluma y tintero y le dije...

—¡Serás grande, Simón! Tu nombre será conocido por el mundo entero, harás libres a los esclavos, toda América escuchará de ti, escribirás cientos de pensamientos y cartas, tu nombre estará en cada billete y moneda de esta nación. Serás recordado como el Libertador.

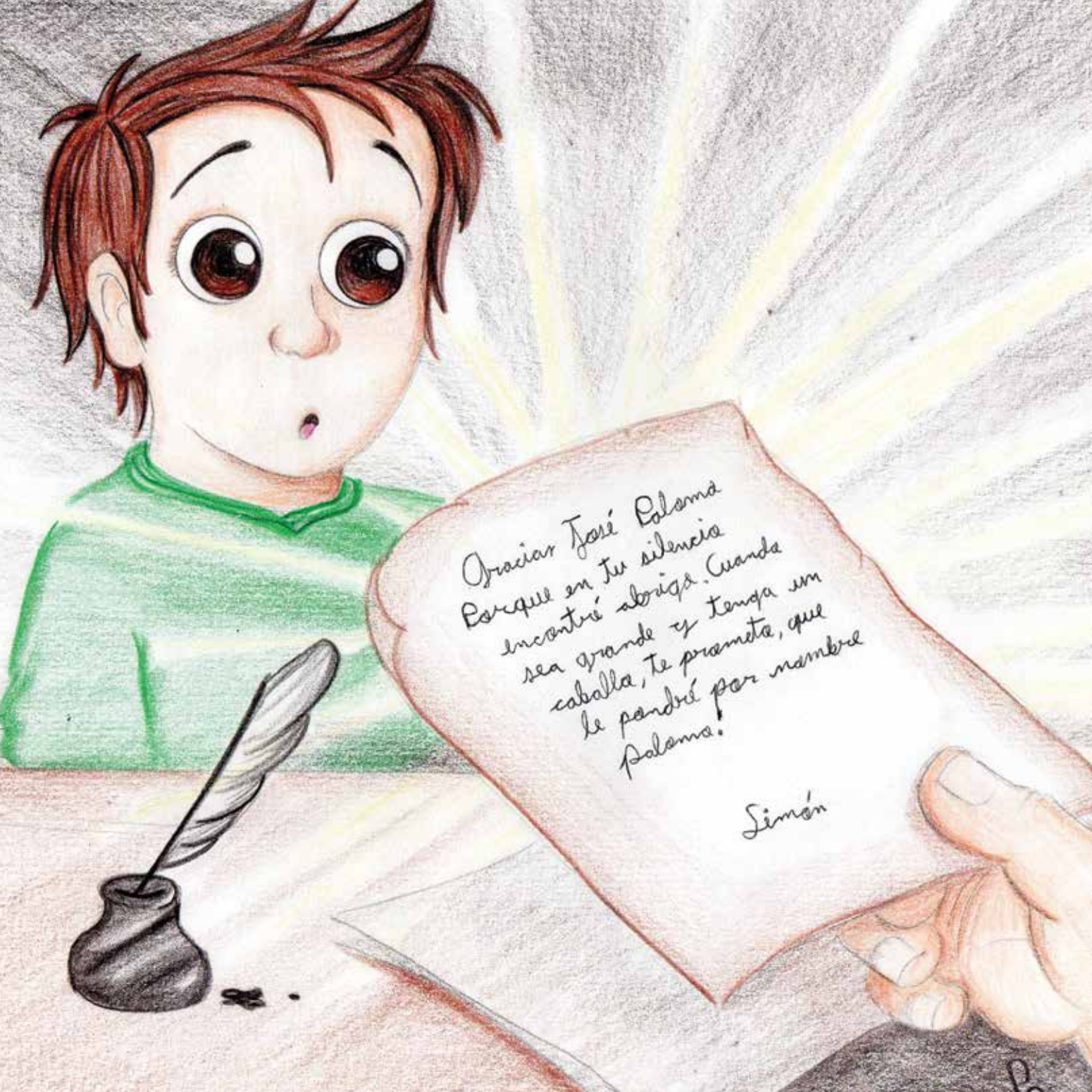
Él me miró incrédulo, dejó escapar una breve sonrisa, tomó la pluma, la hundió en el tintero y empezó a escribir. Yo no podía dejar de hablarle acerca de su vida, de sus hazañas, de las batallas en las cuales iba a participar, pero él seguía cabizbajo.

Al poco tiempo, deslizó hacia mí el papel sobre la mesa, donde en trazos muy elegantes se podía leer:

“Gracias, José Palomo, porque en tu silencio encontré abrigo. Cuando sea grande y tenga un caballo, te prometo que le pondré por nombre Palomo”.

Dejé caer mi quijada, abrí los ojos de par y par y antes de poder pronunciar palabra alguna, aquellas letras de tinta negra se iluminaron, se levantaron del papel, haciendo un torbellino se tornaron doradas, y poco a poco todo el papel se deshizo en el aire, en el haz perdí de vista al niño Simón y de pronto, lo vi adolescente y después adulto, y finalmente lo visualicé cabalgando sobre un corcel blanco, no supe cuándo lo perdí de vista y nuevamente estaba en casa, junto a la mesa con la enciclopedia abierta en la biografía de quien ahora es mi amigo, Simón.

Vi a mamá, corrí hacia ella y la abracé.



Gracias José Paloma
Porque en tu silencio
encontré abrigo. Cuando
sea grande y tenga un
caballo, te prometo, que
le pondré por nombre
Paloma.

Simón

—¡No pude despedirme, no pude decirle adiós! ¡Mamá, conocí al niño Simón! —le dije llorando.

Mamá me abrazó muy fuerte, secó mis lágrimas y besó mi frente.

—Tranquilo, amor. Todo estará bien —dijo consolándome sin poder entender lo que sucedía y le pregunté:

—Mamá, ¿cómo se llamaba el caballo de Simón Bolívar?

—Palomo, se llamaba Palomo, hijo, y no sé por qué —me contestó.



ACTA DEL CONCURSO DE LITERATURA INFANTIL. BOLÍVAR CONTADO PARA NIÑOS

El día hoy 19 de noviembre de 2022, reunidos en las inmediaciones de la Galería de Arte Nacional en la ciudad de Caracas, Venezuela; siendo las 12:00 horas, y convocado al jurado para la realización del proceso de deliberación del **Concurso de literatura infantil: Bolívar contado para niños**.

Habiendo culminado efectivamente la convocatoria a postulación de textos, el 31 de octubre del presente año, el jurado constituido por Flora Ovalles Villegas, Mariangélica Delgado Vilera y María del Pilar Galán; profesionales con experiencia en la escritura, promoción y difusión del libro infantil desde diversos espacios, se procedió a debatir sobre los 12 textos postulados, acordando lo siguiente:

Considerando, que la vida, obra y legado histórico de Simón Bolívar, es para las y los venezolanos fundamento y esencia de nuestra historia e identidad.

Considerando, que es de suma importancia y valor que los niños y niñas puedan acercarse desde pequeños a Bolívar; y conocer y reconocer, su acción libertaria y su pensamiento, a través de materiales y contenidos diseñados para ellos.

Considerando las condiciones establecidas en la convocatoria para el llamado al concurso.

El jurado ha decidido en el **Concurso de literatura infantil: Bolívar contado para niños**, otorgar el premio, a la obra: **Conocí al niño Simón** presentada bajo el seudónimo "Odeta Vera" de la autoría de Onelia Pérez del estado Carabobo, por tener un lenguaje cercano y acorde con niños y niñas, por la frescura de su historia y su vínculo con Bolívar.

De igual forma, el jurado ha decidido otorgar una mención especial a la obra **Calavera** presentada bajo el seudónimo "Shogun" de la autoría de Rongny Sotillo, por la riqueza de su historia.

Concluida la deliberación y en acuerdo a lo expresado firman los miembros del jurado.

Flora Ovalles Villegas C.I. 6.120.181	Mariangélica Delgado Vilera C.I. 12.331.957	María del Pilar Galán C.I. 6.910.345
 Firma	 Firma	 Firma

EDICIÓN DEL CENTRO DE ESTUDIOS
SIMÓN BOLÍVAR.
OCTUBRE, 2023.

CARACAS, VENEZUELA

Conocí al niño Simón

Una tarde al llegar a su hogar de la escuela, un pequeño inteligente y despierto se acerca por primera vez junto a su madre al estudio de la vida del Libertador Simón Bolívar. Con un libro de texto al frente, en medio de las tareas escolares vespertinas, se adentra en detalles interesantes de la biografía de Bolívar, hasta que las fronteras entre el presente y el pasado se empiezan a desdibujar, dando paso a una aventura singular. Giros imaginativos y elementos de la historia de Venezuela se conjugan en esta narración que explora una nueva mirada, a través del asombro y la ternura de los niños, de Bolívar y su tiempo.

Onelia Daurelys Pérez Vera (Valencia, Carabobo, 1983)

Licenciada en Educación Integral por la Universidad Nacional Abierta, núcleo Carabobo. Especialista en Docencia para la Educación Básica, egresada de la Universidad Rafael Bellosó, estado Zulia. Ilustradora aficionada y autodidacta por muchos años, cursó estudios por correspondencia de dibujo a mano alzada en Estudios Sancho, Caracas.

Docente de aula por más de una década. Participó en “Talleres a la carta” del Centro Nacional del Libro. Actualmente, cursa estudios de poesía en la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

